



J. D. Barker
James Patterson
**Los crímenes de la
carretera**

DESTINO

Los crímenes de la carretera

J.D. Barker
y James Patterson

Traducción del inglés
de Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1526

Título original: *The Coast -to- Coast Murders*

© James Patterson, 2020

Publicada de acuerdo con Kaplan / DeFiore Rights a través de Foreign Office

© por la traducción del inglés, Julio Hermoso, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-233-5914-1

Depósito legal: B. 2.476-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

Los Ángeles, California

¿Qué es la mente sino un fino cristal?

DR. BARTON FITZGERALD

I

Michael

¿Dónde estarás cuando tu vida se acabe?

Yo estaba en el supermercado, con un mango en la mano, apretándolo.

Hace dieciséis minutos que cogí una llamada de teléfono de la mujer que vive en el apartamento de debajo del mío en el complejo Wilshire Village, una anodina monstruosidad de color mostaza justo al salir de Broadway por Glendale, a una manzana de Wilshire en Los Ángeles.

Dejé la cesta en el pasillo, eché a correr las diez manzanas que hay desde la tienda y llegué a casa sudando y sin aliento para encontrarme allí al cartero, en el vestíbulo del edificio, con la mirada fija en el charco de agua que se hacía cada vez más grande bajo la hilera de los buzones. El hilo de agua caía en una cascada constante por la escalera y estaba anegando el hueco del suelo en la planta baja.

Pasé corriendo a su lado y subí los escalones con cuidado de no resbalar.

Mi teléfono volvió a sonar cuando llegaba a la puerta de casa. Otra vez la vecina.

—Lo estoy viendo, señora Dowell. Tiene que ser una tubería o algo así.

Eso ya me había pasado allá en el este durante el invierno. No tenía ni idea de que también pudiera suceder en California.

El agua salía por debajo de la puerta y encharcaba el descansillo.

—¿Michael? Me está cayendo el agua por las paredes, desde el techo —dijo la señora Dowell—. Mis cuadros, mis muebles... ¿Has llamado al portero?

Buscaba torpe la llave, encontré la que era y la hice girar en la cerradura.

—Creía que ya lo había llamado usted.

—¿Por qué iba a llamar yo al portero? Es tu apartamento.

«Porque el portero podría haber venido hace media hora y haber cortado el agua.»

—Yo lo llamo en cuanto cuelgue, señora Dowell, se lo prometo.

Empujé la puerta para abrirla y entré. Alargué la mano hacia el interruptor de la luz y me lo pensé mejor: tenía los pies metidos en no menos de medio centímetro de agua.

La señora Dowell suspiró.

—¿Quién va a pagar todo esto?

El suelo de parqué brillaba en la luz de la puesta de sol. Un riachuelo corría desde el dormitorio hacia el salón, seguía por el pasillo y salía por la puerta de casa.

Oía caer el agua, el borboteo.

—Creo que sale del cuarto de baño —le dije.

—No has respondido a mi pregunta —me contestó la señora Dowell.

—Yo lo pagaré. Los daños que haya. No se preocupe por eso.

—Mis cuadros tienen un valor incalculable.

«Que he visto tus cuadros: nos damos un paseo por el mercadillo y los sustituimos.»

El dormitorio era la única habitación enmoquetada de todo el apartamento, lo crucé chapoteando y fui dejando a mi paso un sendero de huellas blanditas.

El agua salía del grifo del lavabo en el cuarto de baño.

También del de la bañera. Rebosaba y caía en cascada por los bordes de porcelana blanca de ambos.

—Señora Dowell, voy a colgar para llamar al portero. Luego la llamo otra vez.

Volví la cabeza sobre el hombro y miré hacia el dormitorio, muy consciente de que yo no había dejado aquellos dos grifos abiertos, así que lo habría hecho otra persona.

La habitación estaba vacía: nada en su interior salvo las sombras que se alargaban.

Me volví hacia el lavabo, giré la llave del grifo, lo cerré.

Había una toalla dentro del lavabo, tapando el orificio del rebosadero. Sabía que yo no había hecho eso.

Tendría que haber salido corriendo en ese instante, haberme largado del apartamento. Ojalá lo hubiera hecho, porque lo que vino a continuación fue mucho peor que el que se colara un desconocido en mi casa.

Di los pocos pasos que separan el lavabo y la bañera y eché un vistazo al agua, cómo rebosaba, miré más allá de la superficie ondulante y me fijé en lo que había en el fondo, iluminado tan solo por la menguante luz del ocaso. Vi el rostro más bello, que me clavaba los ojos. Los tenía verdes y oscuros, abiertos de par en par, y la boca entornada, el cabello rubio oscilando con delicadeza en la corriente.

Me sorprendí mirándola fijamente, a aquella chica desnuda y sin vida en mi bañera. La piel tersa e inmaculada, la más leve sombra de unas pecas en la nariz.

En algún momento cerré el grifo, pero no recuerdo haberlo hecho. Solo recuerdo que me quedé sentado al borde de la bañera, mientras me abandonaba el aliento.

2

Michael

Me zumbó el teléfono en la mano. Otra vez la señora Dowell.

Pulsé para rechazar la llamada y marqué.

No llamé al portero del edificio.

Me cogió el teléfono al tercer tono.

—Estoy pensando en un número del uno al cinco.

—Ahora no, Meg, ha pasado algo...

—Eh, eh, eh, ya conoces las reglas, Michael. Escoge un número.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—En serio, Meg, esto es...

—¿Te haces una idea de cuántas veces te he llamado en la última semana? No me lo has cogido. No me has devuelto la llamada. Es que ni te has molestado en mandarme un mensaje de texto diciendo «Oye, que sigo vivo, aunque muy liado» —continuó largando Megan—. Diecinueve veces. ¿Es esa la forma de tratar a tu hermana? El funeral del doctor Bart es el próximo martes, ¿y vas tú y decides desaparecer del radar justo esta semana? *Not good*, hermano mayor. Tengo encima a la doctora Rose a todas horas: «¿Dónde está tu hermano? ¿Va a venir a casa? ¿Has hablado con él? Estará aquí, ¿verdad?». Ya es bastante malo que no quieras hablar con ella, pero no puedes pasar de mí. Ya sé que no quieres venir para esto, pero tienes que hacerlo, Michael. Sin ti no voy a poder

aguantar el funeral del doctor Bart, es que no puedo. Ya sé que no congeniabais, no siempre..., vale, nunca; pero si te saltas esto, no te lo perdonarás. Es ese tipo de cosas que atormentan durante el resto de tu vida. Lo vas a lamentar, y ya no tendrá vuelta atrás. Si no quieres venir, si no quieres hacerlo por ti, piensa al menos en la doctora Rose y en mí. Ya sé que puede ser una cabrona, pero nos ha criado, y ahora mismo está hecha polvo. Apenas es capaz de mantener la cabeza en su sitio. Y también tenemos que pensar en las apariencias. ¿Cómo la dejará a ella el que tú no estés aquí? Ya sabes cómo habla la gente de la universidad, sus colegas, esto no es lo que ella necesita...

—Megan...

—Tú solo dime que estarás aquí, y me olvido del tema. No volveré a mencionarlo. Puedes saltarte incluso mi próximo cumpleaños, mis próximos diez cumpleaños. Solo tienes que venir para esto. Es algo demasiado importante para que...

—Tres.

Megan guardó silencio.

—El número en el que estás pensando es el tres.

—¿Cómo lo haces?

—Meg, necesito que me escuches con mucha atención. Ha pasado algo.

—¿Te encuentras bien?

El rostro inexpresivo de la chica me miraba fijamente desde la bañera, sus facciones distorsionadas por el agua, la piel pálida envuelta en un resplandor. Qué calma, qué paz aparentaba. Tenía los ojos verdes muy bonitos. De sus labios ascendió flotando una solitaria burbuja que desapareció en la superficie.

No me encontraba bien, no, ni mucho menos.

—Hay una chica en la bañera de mi casa.

—Lo dices como si eso fuese un drama —respondió Megan.

—Se me ha inundado el apartamento; la señora

Dowell... Yo qué sé quién... —Se me caían las palabras de entre los labios en un balbuceo incoherente; el corazón me latía con fuerza contra la caja torácica.

—Vaaale, respira hondo, Michael.

Lo hice. Respiré hondo dos veces.

—Está muerta, Meg.

Megan no dijo nada.

—No... no sé quién es.

Mi hermana continuó en silencio.

—¿Meg?

—Me estás puteando, ¿verdad? Como esa vez en que dijiste que habías atropellado a un tío en el bar de carretera de Kansas City porque llevaba una camiseta de los New Kids On The Block, ¿no? ¿O como esa vez en que dijiste que te encontraste a una prostituta durmiendo en la cabina del camión y decidiste llevártela? ¿Como cuando dijiste que cogiste a un autoestopista en Nevada y lo dejaste en Utah, en Colorado y también en Misuri? Mira, no es momento para bromas, Michael. Tengo que poder decirle a la doctora Rose que vas a venir a casa.

—Es que... no sé cómo ha muerto. Así, mirándola, no lo sé. No tiene nada mal, a simple vista. Parece como si estuviera dormida, pero no lo está, ahí debajo del agua. No respira. No quiero tocarla. Sé que no debería, y no la he tocado.

—Cielo santo, ¿estás hablando en serio? ¿Has llamado a la policía?

—Te he llamado a ti.

—Tienes que llamar a la policía. Ahora mismo. Tienes que colgar y llamarlos a ellos.

Lo hice.